

## ASTERISCOS

Se ha hecho una tercera edición, después de veinticinco años, de la novela de Luis Orrego Luco: *Casa Grande*. Se publicó en 1908 ó 9. Nunca se ha escrito más sobre una novela chilena y nunca se han dicho sobre un libro chileno, las cosas furiosas y duras que se dijeron entonces. *Casa Grande* era la sociedad chilena, desnudada y sorprendida en sus paños menores. Con razón la crítica casi entera se puso del lado de los que condenaban la audacia del autor para sacar a luz dramas que todos querían ver sepultados y cosas íntimas sobre las cuales nadie quería emitir juicio. Lo que nadie vió fué la angustia del novelista que queriendo hacer un bien, no se le comprendía. Es probable que la novela tenga defectos de estilo. Lo que nadie podrá negarle es el gran acento humano y el contenido documental que encierran sus páginas. La novela de Orrego Luco analiza un instante crítico de la aristocracia: el en que comienza la decadencia o mejor la descomposición de los viejos valores tradicionales. Los tipos pertenecen a la clase alta, están sólidamente pintados y representan las cifras de un drama cuyo origen hay que buscarlo en la riqueza y en la ostentación determinados por el auge de las fortunas salitreras. Todo ese vértigo y ese desenfado para el derroche que caracterizan a las sociedades nuevas, incapaces de resistir el golpe constante que asesta el materialismo, está pintado de mano maestra. Los tipos muestran sus almas al desnudo. Comienza ya para Chile una etapa que irá rápidamente llevándose la tradición, las virtudes, la moral y la dignidad. Lo mismo en la política que en

la sociedad, o en la bolsa comenzarán a aparecer los hombres y mujeres para los cuales nada tiene más valor, que el goce físico. La familia tradicional recibe los primeros embates. El envío del placer es tan rudo que apenas si algunas almas logran soportar sin quebrantarse, ese golpeteo continuo. Orrego Luco pintó un mundo social que hasta entonces nadie se había atrevido a estudiar. Lo hizo con valentía, con agudeza, con calor humano. Y el efecto fué instantáneo. Centenares de plumas brotaron para condenarlo, al lado de unas pocas que le defendieron con sinceridad, sin prestarse a servir de instrumento a los clanes alborotados que le negaban al autor hasta el derecho a presentarse en sociedad. Los tiempos de hoy son otros. Pero esta novela es sin duda alguna, un formidable documento de estudio.

\* \* \*

En torno a la obra poética de Max Jara siempre se ha condensado un extraño silencio. ¿Cómo entenderlo? Se grita y se hacen cabriolas cuando aparece un poeta mediocre o un pestilente fabricante de versos. El auténtico creador de instantes líricos de los más bellos y hondos de que puede vanagloriarse la poesía chilena de este siglo, permanece en la penumbra. Como si no existiera. Muchos acaso, ni siquiera saben si Max Jara existe aún o si todavía escribe. Otros han tomado un puesto indebido. Otros pavonean su prosopopeya. Otros han cosechado elogios. El autor de ese romance admirable que se llama *El Arbol Muerto*, lo más fino entre los versos chilenos, lo más fuerte entre las voces auténticas de la tierra áspera de la montaña, guarda silencio. Se hace oír, claro, en las regiones de la emoción pura. Su acento es como el rezongo de un agua invisible. Mana de una herida íntima, en la que el dolor se nutre ávido y atormentado. En este poeta hay la seriedad un poco torva del solitario. Tiene la elegancia, el ritmo ennoblecido del que aguza

su oído junto a las cosas internas. Su verso no claudica jamás. Se desenvuelve lleno de gracia y profundidad. Es alto y simple. Es puro y está sin embargo, pleno de vitalidad. Tan pronto vaga por entre lo más nuestro, en la criolledad sin retoricismo, como se alimenta en las motivaciones más humanas. En su poesía hay el latido de lo universal, porque es poesía vivida, macerada en zumos íntimos, en agudas y trágicas dolencias espirituales. Está bien aquí y en todas partes. Ahora ha reunido en un volumen modesto, su labor de muchos años. Labor seria. Labor de hombre para el cual la poesía no es malabarismo, ni presunción. Sello de una vida. Tal nos parece, brevemente, este libro que ha venido a despertar resonancias que hacía tiempo no se escuchaban en estas tierras de la quincallería literaria. En estas tierras de los «cachureos» poéticos.—OBERON.